Miguel de Unamuno

Vida de Don Quijote y Sancho

Introducción de Ricardo Gullón

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1987
Cuarta edición: 2015
Segunda reimpresión: mayo 2025

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Karlis Fridikh Huns: *Viejo soldado de la época de los hugonotes* (detalle). Galería Tretiákov, Moscú
© Bridgeman/ACI
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1987, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

ISBN: 978-84-9104-072-9
Depósito legal: M. 14.430-2015
Printed in Spain

Índice

9 Introducción, por Ricardo Gullón

Vida de Don Quijote y Sancho

33 El sepulcro de Don Quijote
47 Prólogos del autor
53 Primera parte
197 Segunda parte
379 Vocabulario

Introducción

Al comenzar la lectura de *Vida de Don Quijote y Sancho,* casi resulta inevitable preguntarse si en sus páginas vamos a encontrar una biografía, una doble biografía, según parece anunciar el título, una novela con protagonistas prestados a otra, o un ensayo sobre la obra de Cervantes dedicada al ingenioso hidalgo. No por deseo de clasificar y fijar el género a que pertenece; sí para entrar en la recepción del texto con alguna seguridad, conviene despejar un poco el terreno.

Se supone en el lector un mínimo de competencia: conocer la novela cervantina y no desconocer el arte y el pensamiento de Unamuno, ni su afán de inmortalidad. Esto último explica la atracción por figuras novelescas como las de Don Quijote y Sancho, llamados a no morir, portadores de alguna manera del espíritu creador. En la creación sobrevivía Cervantes y tal ejemplo de supervivencia no fue perdido para quien siglos después caminará otra vez con los mismos personajes.

¿Novela, pues? Es una lectura admisible pensando precisamente en eso: el hidalgo y su escudero reviven la historia, episodios y aventuras, en compañía de un narrador que no se priva del autoatribuido derecho a injerirse en lo narrado, trasluciendo en el comentario una voluntad crítica tanto como creadora. Así, «ensayo» también, muy en el estilo del autor, con incursiones en los temas centrales de su preocupación.

La fluidez de los géneros literarios se acusa en este libro, de originalidad evidente, que, entre otras cosas, plantea el tema del quijotismo desde la perspectiva y el talante quijotesco del gran rector de Salamanca. Que éste salía cada mañana en busca de follones y malandrines, dispuesto a enderezar entuertos y separar injusticias, proclamando su verdad con voz tan alta como la puesta en el aire por su patrono cada vez que un noble empeño le solicitaba. Ya se entiende, pues, por qué la biografía del héroe puede ser para el glosador una manera de autobiografía.

Admitamos la complejidad según se nos propone: como requerimiento del texto que el lector debe aceptar desde el principio. Es el autor quien ya tardíamente se atribuye «experiencia quijotesca» al revisar su obra como lector y prolongarla en su tercera edición, estableciendo por sí mismo una analogía que no parecerá discutible al conocedor del paño.

Bueno será recordar la fecha –1905– de publicación y la situación de don Miguel –rector de la Universidad de Salamanca–, para no atribuir sus ideas y decires a la lucha política en que más tarde se vio enganchado –y no contra su voluntad–. Cuando el narrador afirma la nece-

sidad de una guerra civil es dudoso que su aseveración tenga mucho que ver con la actitud de Don Quijote y sí con la convicción de que era necesario remover las conciencias, despertándolas de la soñarrera en que habitaban.

Sueño de soñar y no sueño de dormir, pedía, incansable, y más después del Desastre que tanta pequeñez pusiera al descubierto. El gran agitador de almas no se resignaba al desánimo generalizado de los españoles, y su exaltación del hidalgo manchego y de su generosa locura era, sí, un modo de autoafirmarse, pero sobre todo una propuesta de vida heroica. Si coincide con Joaquín Costa en considerar la regeneración de la patria como primera tarea del intelectual español, disentía en cuanto a los medios; en vez de echar siete llaves al sepulcro del Cid, abrir las puertas del campo a las mesnadas de la guerra, a los decididos a no renunciar a combatir, si éste era el precio que había de pagarse para salir de la modorra. Si no con la crudeza de Ángel Ganivet y su tremenda aceptación de su trágica fórmula, echar medio millón de españoles a los perros, no le temblaba el pulso al calificar de víboras –«raza de víboras»– a quienes pedían paz.

Y si la opción resuelta en favor del combate puede sorprender al lector superficial, de fijo será porque no ha leído bien la superficie, pues en ella está la profundidad, que se le escapa por buscarla en una dimensión que es pura metáfora. La congruencia del texto conduce por sus pasos contados a una declaración que anuncia las que estaban oyéndose en otras voces y con otro acento: la ley del cuadrillero no se hizo para el héroe, cuyos motivos y designios han de parecer arca cerrada al vulgo.

¡Qué declaración tan clara! «La ley no se hizo para ti, ni para nosotros los creyentes; nuestras prémáticas son nuestra voluntad», brusco arranque en que el tú de quien se habla y el yo dicente reclaman y alinean a los demás, a «los creyentes», en la religión del heroísmo.

Quien grite «anarquismo», «paradoja», «antidemocracia» o expresiones del mismo jaez, apenas hará sino declarar su incomprensión. Pues la afirmación unamuniana establece la prioridad indiscutible de la justicia sobre la ley, de lo justo sobre lo legal. La declaración anticipa posiciones que no tardarán en producirse –Baroja, Ortega–, cuando la actualidad refresque tristes memorias del pasado y los cuadrilleros vuelvan a ejercer por los caminos del mundo oficios de autoridad. Y si bien se mira, la opinión de don Miguel, leída en contexto, es una defensa de los humillados y ofendidos por encima de las restricciones destinadas a coartar su libertad.

De la libertad trata este libro y ello explica que su redacción absorbiera y apasionara a Unamuno. En carta a su amigo Pedro de Múgica fechada el 28 de junio de 1904 le dice estar escribiendo la *Vida* y la califica de «meditaciones» sobre el texto cervantino. «Tomo el *Quijote* como una obra eterna, sin autor y aparte de la época en que se escribiera», y tal condición de eternidad le permite producir un texto actualizado, y una versión de los acontecimientos que, siendo tan de su época y de su autor, aspiran a trascender las fronteras del tiempo.

Antes de tres meses (15 de septiembre) informa a Múgica de que el libro está terminado: «Este verano pude gozar de alguna tranquilidad desde junio a fines de agosto y la aproveché para escribir un libro que títu-

lo *La vida de Don Quijote y Sancho según M. de C. S. explicada y comentada por M. de U.* La he hecho de un tirón y por viviparición –otros libros los he escrito por oviparición, empollando notas–, trabajando en él hasta cinco y seis horas algunos días, y de aquí el que me haya salido con más calor que otras cosas mías. El texto cervantino me sirve de cañamazo en que bordo mis propias imaginaciones». Importa retener aquí el hecho de que si en el proyectado título se habla de explicar y comentar, al final de las líneas citadas se habla de imaginar, es decir, de invención sobre la invención, de novelar y metanovelar –novelar en y acerca de la novela–. La última línea del párrafo se refiere a las «imaginaciones» con variación que es atenuación: «libres meditaciones sobre la base del *Quijote*».

Entre Navidad y Año Nuevo, el 28 de diciembre, la confidencia es, si cabe, más personal y reveladora. Desde el comienzo de la carta vuelve el tema: «Renuncio a describirle hasta qué punto estoy empozado en mi *Quijote.* No veo, ni oigo, ni siento otra cosa. Ahora lo estoy poniendo en limpio y en cuartillas, labor que me lleva seis y más horas diarias. Me va a resultar un volumen de regular tamaño, unas 300 páginas, y sin duda mi obra más personal y propia».

No puede estar más clara la apropiación: «mi *Quijote»,* «mi obra más personal». Cervantes –«un pobre diablo muy inferior a su obra»– y lo que quiso decir, le «tiene completamente sin cuidado». Su modo de remachar el clavo es cualquier cosa menos ambiguo: «El texto cervantino no es sino un pretexto para que sobre él levante yo mis propias elucubraciones».

A otro amigo y confidente, Pedro Jiménez Ilundáin, le anunciaba en carta de 11 de diciembre la publicación de la *Vida* a primeros de 1905, anticipando lo dicho a Múgica: «El texto cervantino me da pie para todo género de revoloteos, y no es sino un pretexto para verter mi pensamiento y mi sentimiento todo».

Como hiciera en otras ocasiones, al recibir el libro, Jiménez Ilundáin, además de agradecer el envío, opina sobre él: «Es una manera, a lo Nietzsche, de presentar ideas en perfecto orden desordenado y de sentar principios con meras afirmaciones. Me hace el efecto de esos libros que, conteniendo una nueva concepción de la vida o de sus relaciones, necesitan un nuevo comentarista que acierte a exponer una y otra». La comunicación del amigo (25 de abril de 1905) es extensa, detallada y sincera.

No recuerdo haber leído la reacción de Múgica al recibir y leer la *Vida;* cabe inferirla de lo escrito por Unamuno (15 de junio de 1905) al contestarle y darle gracias con la buena acogida prestada al libro en contraste con la hostilidad del «cotarro literario» madrileño; compensada también por «la intensidad del aplauso de los que me lo aplauden, y la calidad de éstos, me desquita de todo lo demás [...]. Hay pobres diablos que no me perdonan mi poco respeto a Cervantes y eso de que prescindo de él y en vez de comentar docta, documental y eruditamente su *Quijote,* hago el mío». Tenía razón y no puede ser más congruente con ella su propósito de disparar, como disparó en seguida, contra la ramplonería predominante.

Con más precisión había escrito a Ilundáin el mes anterior (9 de mayo de 1905) apuntando de dónde procedía

la hostilidad con que algunos sectores recibían su libro: «no son los católicos los más escandalizados, sino los otros, los de la Ciencia (con mayúscula), los de esa informe bazofia que se nos da ahora en tomos de cuatro reales. ¡Están alcanzando a España y hay que acabar con esta ralea! La salvación está en volver, con sabor moderno (con verdadero sabor moderno, no con ciencia de la Bibliothèque Alcan), a nuestros místicos». Su corresponsal ya había detectado el misticismo en las páginas del libro, y el impulso «anticientífico» que le empujaba en esa dirección aún se discerniría mejor en el *Tratado del amor de Dios,* en que ya andaba empeñado y del cual se encuentran múltiples referencias en sus cartas, desde entonces hasta su publicación en 1913 con el título: *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos.*

De los entusiastas en la acogida a la *Vida* quiero destacar, por ser quien es y por el calor detectable en sus juicios, a Antonio Machado, a mitad de camino entre las *Soledades* de 1903 y la enriquecida segunda edición, *Soledades. Galerías. Otros poemas,* de 1907. Quien publica en *La República de las Letras* (9 de septiembre de 1905) «Divagaciones» en torno al libro del Maestro es hombre en cabal dominio de su expresión, maduro, reflexivo y modesto (modesto cuando se compara con don Miguel; no se olvide lo que su modestia tiene de orgullosa).

Empieza Machado declarando su admiración por la «heroica y constante actividad espiritual» de Unamuno y señalando como notas dominantes de su carácter «el impulso acometedor, la ambición de gloria y la afirmación constante y decidida de su personalidad». Con leve matización estos tres rasgos servirían para caracterizar a

Don Quijote, y todavía, inequívoco, salta a la página la calificación «caballero andante» atribuida a don Miguel, «siempre dispuesto a todo noble combate».

Generalizaciones respecto a la persona, muy justificadas como antecedente de lo anotado sobre el libro en sí: «¿Necesita maestros de cordura esta tierra de vividores, de fríos y discretos bellacones? Locos necesitamos, que siembran para no cosechar. Cuerdos que talen el árbol para alcanzar el fruto, abundan, por desdicha. ¿Dónde están los lunáticos, los idealistas, los renunciadores, los ascetas, los románticos, que apenas se ven por ninguna parte? [...] Tierra es ésta de vividores. Venga, en último caso, quien enseñe y ayude a bien morir».

Nótese la semejanza en el estilo, manifestación de parentesco espiritual en línea directa. Dos puntos conviene observar, la identificación entre lector y autor en primer término; en segundo lugar el hecho –desolador– de la resonancia del ayer en lo presente que no podrá menos de captar el leyente de hoy. Lo que Machado vio era fiel contraste de la realidad en 1905. Que, mirando en torno mientras le escuchamos, nos parezca que está refiriéndose a 1987, es triste signo de inmovilismo, testimonio de algo que incita a la pesadumbre: lo escrito hace ochenta años por Unamuno, por Machado; hace siglo y medio por Larra; quizá las nada fantásticas alegaciones de Cadalso..., conservan actualidad y vigencia.

Cuando el comentarista señala que el libro «está impregnado de tan profundo y potente sentimiento que las ideas del pensador adquieren fuerza y expresión de imágenes de poesía», y de ahí concluye: «Sólo el sentimiento es creador», confirma desde fuera lo vivido desde den-

tro, y de ahí su exhortación inicial y su afán por convertir al destinatario de su obra en partícipe de la experiencia en que el texto se transfigura.

Nace el héroe en un lugar de la Mancha; cuenta al nacer alrededor de cincuenta años y es hidalgo pobre, con pobreza asimilada a la de su tierra; perdió el juicio con locura que el reinventor califica de admirable, en cuanto necesaria y útil para sanear el país. Aquí apunta una variante decisiva: la necesidad de que el hombre sacrifique su juicio al bien común se debe a dos tipos de exigencia: uno psicológico, relacionado con la proyección del autor en la figura, y otro estructural: sólo el demente será capaz de entender los engaños de la apariencia, de sustituir la fantasía colectiva –gigantes– con imágenes de su propio delirio y de ver en las mozas de partido una posibilidad de reversión que la mirada realista nunca vería.

Dulcinea era inevitable, y llegó, pero en el texto unamuniano es desde su aparición no ya símbolo de la Gloria, sino la Gloria encarnada. No tardará en oírse a Sancho, voz complementaria y no antagonista. Éste, éstos, en plural, son los bachilleres, los reductores de la idealidad a la lógica. Sancho es bien recibido por sencillo, creyente –no crédulo– y socarrón; contrapunto del héroe a quien sigue fielmente. Con él se completa Don Quijote: «Necesitábalo para hablar, esto es, para pensar en voz alta sin rebozo, para oírse a sí mismo y para oír el rechazo vivo de su voz en el mundo».

Habla el narrador de su criatura y está confesando su personal urgencia de interlocutor, no para escucharle, sí para atender el rebote de sus ideas en quien le escucha. Ahora, el criado ha salido respondón y las respuestas de

Sancho acreditan la razón del narrador unamuniano al reconocer que no le faltaba sal en la mollera –gratuita afirmación de Cervantes, desmentida por el texto–, y si no fuera así poco serviría calificarle de bueno: «en realidad ningún majadero es bueno», leemos, versión del conocido dicho decidero del saber popular.

No se contenta el narrador con elogiar la buena disposición de Sancho; le admira –además– por su fe, «que por el camino de creer sin haber visto le lleva a la inmortalidad de la fama», fe quijotesca y fe en su señor –a quien no puede asimilar, como su reinventor hace, a Íñigo de Loyola, porque acaso ni sabe quién fuere el Santo–, pero a quien llega a querer con comprensión y compasión que lo enaltece. Sale Unamuno en su defensa frente a «los maliciosos», frente a quienes piensan mal para acertar, negando que la codicia fuere el motor de su conducta.

Situar a Sancho en el título de la novela implicaba ya una toma de posición autorial beneficiosa para el escudero y en nada reductora del caballero. Según progresa el texto irá declarándose la correlación de los actantes, su complementariedad y el movimiento que, siendo inverso, les acercará tan visiblemente a lo llamado por Unamuno quijotización de Sancho y sanchificación de Don Quijote.

No sé si hablar de «evolución» estaría justificado en este caso: el cambio de Sancho, en las páginas unamunianas, viene prefigurado desde el comienzo, y siendo así, el cambio puede ser considerado como realización, como descubrimiento de lo envuelto en una capa de rusticidad y socarronería que apenas lo dejaba ver.

Inspiración y no programa es el principio rector de lo quijotesco, atendiendo al incidente de cada momento sin trazarse un plan para resolverlo, según aconsejaría la prudencia. Don Quijote es el gran inspirado, el iluminado por la llama de su pasión de justicia: «cuando uno se apresta a una hazaña no debe pararse en por qué puerta ha de salir». Se lanza sin escuchar advertencias y avisos; no reflexiona, acosado por la aventura inminente. No se busque en sus acciones la lógica de las escuelas sino la coherencia del comportamiento heroico.

Si llama doncellas a las rameras que le asisten en la venta, el error no es cosa de risa, aunque la sorpresa las haga reír a ellas y a los demás, sin caer en la cuenta «de su locura redentora». El héroe, desplazado de su ámbito natural, encontrará la burla, como la encontrará Sancho, entre unos y otros, toscos y refinados, malsines y aristócratas, no iguales, pero semejantes en su reacción. Y serán los de alta estirpe quienes pongan a prueba al escudero y al pretender convertirle en bufón dan ocasión a que actúe como discreto.

Tiene el Quijote de esta nueva historia conciencia de misión, como su inventor; sabe quién es («¡Yo sé quién soy!») y, según explica el cronista de sus dichos y hechos, tiene derecho a decirlo porque «discurre con la voluntad y al decir "¡Yo sé quién soy!", no dijo sino "¡yo sé quién quiero ser!". Y si el evangelio según don Miguel reza que Cristo se hizo hijo de Dios por voluntad y a fuerza de ponerse a ello, ¿cómo dudar de que Alonso Quijano pudo instituirse en héroe y llegar a ser quien quiso ser?

Personaje autónomo, libre de ligaduras con su primer autor, se debate en las páginas de su segunda vida nove-

lesca, ansiando independizarse de quien tanta sustancia personal le transfirió. Si en la segunda parte de su libro logró Cervantes presentar a héroe y escudero con plena autonomía, Unamuno, que en este punto desea hacer lo mismo, se engancha en su propio discurso, incapaz de alejarse de lo especular.

Aliviada la soledad del héroe por la compañía del escudero que le entretiene y distrae, aun si a veces le irrita, algo les separa y mantiene a Don Quijote dentro de su conciencia misionera; el sentimiento de tener una misión que cumplir no le abandona; por eso disuena su voz en la música estridente de nuestro tiempo, música de aturdidos que prefieren el ruido a un silencio que les asusta porque podrían oír su propia voz y no reconocer la realidad de su condición.

Sordo a la trascendencia, al hombre común es preciso amonestarle para que salga de sí y recuerde: «Sólo es hombre hecho y derecho el hombre cuando quiere ser más que hombre». Confinado en el círculo de las ideas recibidas, inducido a vivir en la sacrosanta hechología, removerle no es fácil, como bien supieron criatura y creador. Aquél acertaba al considerar gigantes a los molinos de viento, y Unamuno explica el caso y la cosa: «Tenía razón el Caballero: el miedo y sólo el miedo le hacía a Sancho y nos hace a los demás simples mortales ver molinos de viento en los desaforados gigantes que siembran mal por la tierra [...] Hoy no se nos aparecen ya como molinos, sino como locomotoras, dinamos, turbinas, buques de vapor, automóviles, telégrafos con hilos o sin ellos...». Paradoja, gritarían en su época los de siempre, los «científicos», evangelistas del otro evangelio, el

del progreso. Instruidos por el paso del tiempo y desde una perspectiva abarcadora, vemos a don Miguel utilizando el símbolo para facilitar la penetración en las sombras, en la sombra. Viviendo en un mundo dominado por la técnica y cercano a la robotización, leemos estas consideraciones como premonición, no como paradoja, aunque ésta le sirva para producir el conveniente efecto de choque.

Más allá, adelantando en su construcción, al referirse el autor al episodio de los galeotes, dialoga con Ángel Ganivet y deplora lo descaminado de sus juicios sobre la justicia y el castigo. Se ha de castigar para después perdonar y que «el perdón no sea gratuito y pierda así todo mérito; para que gane valor costando adquirirlo, teniendo que completarlo con sufrir castigo...». Insertar en el contexto del pensamiento penalista español –de Dorado Montero, de Salillas, de Concepción Arenal, correccionalistas para quienes la pena sirve un fin aleccionador– la interpretación de Unamuno es comprensible y estimulante; no es tan seguro, en cambio, que concuerde con los motivos de Don Quijote al libertar a los presos.

Más personal y por caminos oblicuos más trasladables a los otros, al héroe y al lector, son las reflexiones –melancólicas reflexiones– acerca del desencanto que trae el triunfo, reflexiones o más bien confidencias: «El lector echará de ver, de seguro, que escribo estas líneas bajo un apretón de desaliento», y lo que tenemos a la vista son referencias a un discurso pronunciado con buen éxito de público. A la pregunta sobre las causas del desaliento se anticipa la respuesta, una respuesta reiterada en numerosas páginas del autor: el temor a estarse convirtiendo

en histrión y a hacer representación de su vida. Aquí se expone con claridad bastante el conflicto entre el yo íntimo y el yo histórico que irá acentuándose a medida que aquél se adentre en la Historia para desempeñar en ella papel de protagonista.

Este dilema, intimidad-historicidad, va cayendo en desuso. La Historia, según la entendieron Galdós y Unamuno y Ganivet, no existe; es cosa del pasado y pasada. Lo que existe, rige y prolifera es la política (con minúscula muy chiquita), cosa de burócratas y activistas cuyas disponibilidades ideológicas no pueden ser más parvas. El fin de las ideologías, anunciado con estrépito hace años, acaso esté a la vista y no sé cómo hubiera reaccionado el Maestro ante los nuevos mecanismos de dirección y secuestro de la libertad.

Eternidad, infinitud, alma, conciencia... acaso perdieron sentido para el hombre de hoy que vive de sucedáneos y nombra por aproximación cuando no le faltan palabras para nombrar. Pienso que *Vida de Don Quijote y Sancho* puede serle útil por su misma desmesura, por su excepcionalidad. Aquel catedrático de Salamanca, en tensión perpetua, en lucha permanente contra esto y aquello, heterodoxo de todas las ortodoxias y de todas las heterodoxias, puede enseñarle el valor del disentimiento, las ventajas –intelectuales, espirituales; no materiales– de la discrepancia, lo cual, en un mundo moldeado por el conformismo, puede ser tabla de salvación.

Aprenda el lector a traducir de un idioma a otro, del unamuniano al propio, y verá todo más claro. Como que de claridades se trata en esta *Vida* y en estos personajes, el ficticio y ficcionalizado, en simbiosis perfecta y mutua

iluminación. Se reconoce Miguel en el espejo del hidalgo y éste se reencuentra en el espíritu de aquél, duplicación interior establecida muy adrede por quien necesita justificar su alejamiento de la intrahistoria por la concordancia, la hermandad, el parentesco, con un modelo digno de ser revivido. No vale el pasado inoperante: «sólo existe de verdad lo que obra», y tal es la razón de que la leyenda se resista a los historiadores. Provistos de su bagaje documental arremeterán contra las leyendas y hasta se persuadirán de su victoria. Así, por ejemplo, pueden pensar que el significado de la rebeldía de los Comuneros es otro después de sus eruditas alegaciones, sin advertir que la imagen legendaria sigue vigente en el corazón del pueblo. No estoy seguro de si lo dijo don Miguel alguna vez, pero si no fue así, debió decirlo: el mito es inmortal y sólo otro mito podrá desalojarlo y asentarse en su lugar.

No parecen erosionadas estas ideas, ni las conectadas con ellas y relativas a la verdad y a la mentira: «Toda creencia que lleva a obras de vida es creencia de verdad y lo es de mentira la que lleva a obras de muerte». Todo es relativo, ya lo sabemos, y la relatividad de los conceptos verdad y mentira no precisó de Einstein para ser conocida. Después de Heisenberg y de Ingarden podría darse por superado el dicho unamuniano, y, con todo, no es así: la conexión verdad-mentira arraiga en territorios mentales donde el principio de indeterminación no tiene vigencia.

Menciono muy de propósito nombres ilustres; no a «los científicos» de cuatro cuartos aludidos despectivamente por nuestro amigo, sino a quienes encarnan el

pensamiento renovador del siglo presente. No serían ellos los discrepantes de las tesis de Unamuno, de las apuntadas y de otras expuestas en este libro y confirmadas en otros trabajos suyos, como la relación entre libertad y voluntad de que se habla a propósito del encantamiento del Caballero. Enalteciendo su temple y su fe, declara el cronista que no hay fuerza humana que pueda esclavizar al hombre, libre de pensar bajo las cadenas.

Acontecimientos casi cotidianos nos ilustran y despiertan la duda. No se equivoca el teórico, pero el práctico objeta que observaciones como ésa, válida para una sociedad liberal –una sociedad de hombres libres–, son cada vez menos seguras en los modelos hoy proliferantes donde el enjaulado puede ser destruido en cuerpo y alma.

Declaraciones como la relativa a la salvación por la humildad y la fe, admirables como son, apenas serán entendidas en un mundo desacralizado, y más, vuelto de espaldas a la espiritualidad. Precisamente por eso, por inoportunas (ya en su tiempo estaba el proceso desespiritualizante muy avanzado, sobre todo entre las capas de la burguesía en que el autor reclutaba la inmensa mayoría de sus lectores), por ir contra corriente debiera decirse, siguiendo la norma unamuniana de decir a cada cual lo que no quiere oír, incluso a riesgo de contradecir en Valladolid lo dicho en Bilbao o viceversa. Y si entonces era recomendable obrar así, más urgente será hoy en que la espiritualidad no está en retroceso sino desbaratada y en trance de extinción.

Lo oportuno de la inoportunidad pudiera ser rúbrica acogedora de los no escasos ejemplos unamunianos de

esta práctica. Sin salir del texto ahora examinado, todavía quiero señalar dos o tres temas que van en la misma dirección. En el capítulo 74 de la segunda parte, presidido por la copla final de Jorge Manrique a la muerte de su padre, y al tratar de la del buen hidalgo, constan hechos y dichos indicadores de cómo en el punto de la muerte se le reveló a éste el misterio de su vida, el de la finalidad y el destino de su vida.

Aquel mismo año de 1905 se publicó en Madrid el libro de Rubén Darío *Cantos de vida y esperanza,* cerrado por un poema en contradicción con el título: «Y no saber adónde vamos, ni de dónde venimos», lamentación a la que desde el capítulo citado de la *Vida* responderá el Caballero: si la vida es sueño, la muerte es vida. A esto añade el cronista: «si fue sueño y vanidad tu locura de no morir, entonces sólo tienen razón en el mundo los bachilleres».

Cerca están Sancho y los demás actantes, mas ya el autor ficcionalizado se adueñó del texto y del personaje («Don Quijote mío») y su voz es protagonista y mediadora. Por su mediación asistimos a la escena, oímos al cura y, ¡tan destacada!, la palabra de Sancho, «henchido de fe y loco de remate cuando su amo se moría cuerdo». No hay misterio en esta conversión-inversión, testimonio de cuanto puede la convivencia con el hombre bueno y justo. Pedagogía del ejemplo.

Se confiesa el moribundo con el cura y se confiesa el autor con el lector, declarando esperanzas que apenas se atreven a decir su nombre. Veinte años más tarde dramatizará en *Sombras de sueño* (1926) lo que aquí –y en textos como «Recuerdo de la Granja de Moreruela»– expu-